

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Con Dios a la tierra prometida

(11 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Deuteronomio 34:5-12; Josué 1:1,2

Cada fin de año terminamos un año lleno de acontecimientos, mientras que el nuevo se extiende ante nosotros intacto. Es cierto que los sucesos y las experiencias pasadas no solamente se fueron. Sino mas bien sabemos que uno o el otro hecho se repite en el nuevo año, que nos provocará diferentes pensamientos y emociones.

¿Qué habrán sentido los israelitas, al estar delante de las puertas de Canaán, sabiendo que empezaba un nuevo capítulo en su historia? Un largo camino quedaba detrás de ellos. Habían sufrido muchas pérdidas. Las experiencias más dolorosas eran sin duda la pérdida de sus seres queridos durante la larga jornada a través del desierto, y la despedida de Moisés.

“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de destruir, y tiempo de edificar; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de endechar; tiempo de callar, y tiempo de hablar; tiempo de guerra, y tiempo de paz” (de Ec. 3:1-8).

Cada etapa de camino, cada hora esperanzada y cada minuto de angustia era un tiempo con Dios. En el curso de la larga y peligrosa vida nómada, el Señor había dado a su pueblo maravillosos dones, los protegió y los guió en innumerables crisis (lea Dt. 1:31; 2:7; 8:2-5).

En la conquista de Canaán no debería ser distinto. Dios dará a los israelitas la buena tierra prometida (Éx. 3:8; Nm. 13:27; Ez. 20:6), en la que encontrarán todo aquello que necesitan para vivir bien.

El pueblo de Israel tiene toda la razón de agradecer, al mirar atrás, y confiar, mirando hacia adelante: Dios ayuda, Dios salva, Dios da y Dios guía.



Día 2

Deuteronomio 8:6-14; Josué 1:1-4

Dios quiere dar a los israelitas una tierra – más hermosa, más rica y fructífera, de lo que ellos se lo podrían imaginar. El pueblo amado y “la tierra prometida”^{*} van de la mano inseparablemente. La historia de este pueblo nos quiere enseñar a confiar y esperar de Dios lo que es imposible humanamente: Dios puede y quiere dar todo lo bueno, ayudar y proteger y salvar bajo cualquier circunstancia.

Con la muerte de Moisés comienza una nueva época en la historia del pueblo. Los israelitas están junto al límite del país que es la meta de su larga jornada. Josué debe introducir el pueblo a esta tierra. Humanamente es incalculable el gran desafío. El futuro hacia el que se dirige dará muchas razones para perder la fuerza, el valor o los nervios. El país, que se supone que debe dar lugar al gobierno de Dios, está por el momento todavía en manos de hombres contra Dios.

Este problema es bien conocido para la iglesia de Jesús en el sentido espiritual: si nosotros conquistamos “tierra para Dios”, chocamos con corazones humanos “ocupados”, corazones ocupados con “pensamientos malos, fornicación, robos, homicidios, adulterio, codicia, maldad, engaño, desenfreno, envidia blasfemia, soberbia e insensatez” (comp. Mr. 7:21,22; Jer. 17:9).

La fortaleza “corazón humano” parece ser invencible, sino sabríamos la realidad decisiva: “Jesús ha venido, el fuerte Salvador, irrumpe en la casa del fuerte armado, destruye los castillos fortificados del enemigo, saca a los cautivos victoriosos” (J. L. K. Allendorf)

Esto tiene vigencia también para mí personalmente. Por la fe me aferro a esto: “Señor Jesús, tú eres mi Salvador. Tú me has liberado también de la falta de amor. Gracias que me otorgarás la voluntad y la fuerza para acercarme hoy a cada persona con amabilidad y sinceridad, especialmente a aquellos que no me caen simpáticos”.

^{*}El término enfatiza la idea que Dios confirmó su promesa de la tierra con un juramento (Gn. 26:3). La tierra es un regalo de Dios, una herencia imperdible (Gn. 12:7; Dt. 15:4; Jer. 3:18).



DÍA 3

Josué 1:3; 2:1-7

Los israelitas aún no habían puesto un pie en la tierra prometida, cuando Dios les dice: “*Yo os he entregado* todo lugar que pisare la planta de vuestro pie”. ¡El futuro prometedor a los ojos de Dios ya es presente cumplido! Si los israelitas entran al país, ya Dios está allí. Él ha pensado en todo, y ellos se encuentran con situaciones preparadas (comp. Ef. 2:10).

Para los espías esto se comprobó de manera especial. Su tarea era reconocer mediante una misión secreta la tierra, y ante todo la poderosa ciudad de Jericó. Pero la cuestión es peligrosa, sí, su vida está en peligro, porque su presencia no quedó cubierta. Los dos hombres se dan cuenta que Dios ya había preparado a una mujer que se preocupó por su seguridad. Los dos se pueden esconder en la casa de Rahab, y de allí salir secretamente de la ciudad.

A veces las cadenas de televisión anuncian una nueva película. Varias escenas se reproducen en una vista previa. Imaginemos que está la película “el año 2021”, y vemos algunas escenas de ella: un nuevo lugar de trabajo – en una conversación familiar con amigos – en el camino en un atasco de tráfico – en una reunión difícil – en una celebración de aniversario – en un hospital – en una tumba abierta – en un servicio de la iglesia ... Y en cada escena vemos: “*Yo estoy aquí*. Todo está preparado. Déjame ayudarte. Nunca te decepcionaré”.

La Palabra de Dios nos dice que esto realmente es así: “porque delante de vosotros, irá el Señor, y vuestra retaguardia será el Dios de Israel” (Is. 52:12 Biblia de las Américas; lea Dt. 31:8; Is. 41:10,13,14; Mi. 2:13). Por nuestro fiel Señor entramos en situaciones preparadas.

“Aunque yo no conozca el camino, tú lo sabes bien; esto tranquiliza mi alma y me trae paz. Está demás que yo me preocupe, que mi corazón se angustie, tanto temprano como también tarde” (H. v. Redern).



Día 4

Josué 1:4-6; Génesis. 15:18-21

Dios había jurado a los padres entregar a su descendencia la tierra prometida. Recordemos: el pueblo amado y la tierra prometida no se los puede separar.

Ahora Israel debe poner su pie sobre la tierra prometida, debe hacer uso de lo que Dios le ofrece. Ambos aspectos – la oferta de Dios y nuestra recepción agradecida – son partes de nuestra posición de cristianos. No obstante el ofrecimiento de Dios es mucho mayor de lo que nosotros nos apropiamos con fe. Durante toda nuestra vida no lo podemos agotar y seguimos como aprendices al respecto.

La conquista espiritual es un proceso que no se concluye mientras permanece esta tierra. El que vive bajo las promesas de Dios, puede vivir cada día del año con expectativas alegres. Dios quiere que podamos tener experiencias mayores con Él y que aprendamos en todo tiempo y circunstancia a confiar en Él. “Dios, porque es grande, le gusta dar grandes regalos, ¡qué lástima que tengamos corazones tan pequeños!” (J. Scheffler - 1657).

Pero conquista también significa lucha. Una y otra vez el Nuevo Testamento nos llama a la lucha espiritual: “¡Pelea la buena batalla de la fe! (1.Ti. 6:12; comp. Ef. 6:11; Fil. 1:27). ¿Qué nos ayuda teniendo en cuenta a un enemigo poderoso?

Una mirada a Josué señala que no recibe garantías ni para él personalmente ni para el pueblo. No se le dice: “encontrareis armas. El tiempo meteorológico os favorecerá. Os beneficiareis por la desunión de las ciudades cananeas. Tú, Josué, sabrás aprovechar cada situación al máximo. ... No, la ayuda real reside en que Dios había prometido: “como estuve con Moisés, estaré contigo” (Jos. 1:5b; comp. Jos. 3:7).

Permitamos que la promesa de Dios nos anime: “no temas, porque yo estoy contigo” (Gn. 26:24b; lea Jer. 1:8; Mt. 28:20b; Hch. 18:10).



Día 5

Josué 1:5; Deuteronomio 31:6

Josué y los israelitas dependen completamente de que Dios mismo esté con ellos. Moisés en su vida había aprendido que todo, realmente todo depende de la presencia de Dios. Sin Él no quería dar ningún paso: “Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí” (Éx. 33:15).

Nuestra pequeña fe quiere seguridad adicional y cree que la promesa de Dios no es suficiente. Sin embargo, la palabra “Dios con nosotros” se aplica a nosotros, tanto para nuestro futuro terrenal como para el eterno. Dios nos ha dado esta promesa con su Hijo “en persona”. Su nombre es “Emanuel” que significa “Dios con nosotros” (lea Is. 7:14b; Mt. 1:21-23; Ap. 21:3).

Por el nacimiento de Jesús y más aún por su muerte y resurrección queda claro que: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? ... en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:31b,37-39).

Por eso: “¡esfuérzate y sé muy valiente!” Pase lo que pase en la lucha que está por delante: podemos aferrarnos al Vencedor, también cuando hemos fallado y cuando hemos “caído” en sentido espiritual. Por más que nuestras derrotas fuesen dolorosas y/o vergonzosas, al final los creyentes ganamos, porque estamos del lado del Vencedor. “Tú, enemiga mía, no te alegres de mí, porque aunque caí, me levantaré; aunque more en tinieblas, Jehová será mi luz” (Mi. 7:8).

Otros texto de exhortación: Sal. 27:1,3; Lc. 22:31,32; 1.Jn. 4:4.



DÍA 6

Josué 1:5-8

Dios mismo ha llamado a Josué y se pone a su lado – no solo para un momento, no solo para el cumplimiento de una tarea difícil, no solo en un peligro especial NO, ¡sino durante toda su vida! Él no lo dejará y cuidará siempre de él.

En este maravilloso cuidado de Dios también podemos confiar nosotros, día tras día y alegrarnos en él. Aunque Dios nos ha quitado de esta manera las preocupaciones (comp. Mt. 6:31,32; Fil. 4:6), una preocupación debemos tener: permanecer en dependencia de Él y de Su Palabra.

Todo estratega, en la situación externa en la que se encuentra Josué, haría de cualquier cosa el objeto de sus preocupaciones y consideraciones antes de tratar con la Palabra de Dios. Cuando pensamos en nuestro futuro, también nos inclinamos a dar prioridad a otras consideraciones. Preguntas como: ¿Qué debe suceder para que la paz se establezca en zonas de guerra o se mantenga en otros lugares? ¿Cómo puede tener éxito la justicia social? ¿Cómo se rectifica la injusticia que clama al cielo? ¿Qué habría que hacer para que sea posible una buena convivencia?

Josué recibe la instrucción de estudiar la Palabra de Dios, atender cuál es Su voluntad y no apartarse de ella ni a la derecha ni a la izquierda. No debe confiar en su propia opinión, sino en el consejo, el poder y las posibilidades de Dios. “Buscad a Jehová y su poder; buscad su rostro continuamente” (1.Cr. 16:11).

Él conoce caminos que yo no conozco (Sal. 25:8-10). Él tiene posibilidades que sobrepasan mis pensamientos (Pr. 3:5,6). Él puede ayudar para pasar los muros (Sal. 18:29), o aceptar los límites (Sal. 147:14a). “Maravillosos son tus testimonios; por tanto, los ha guardado mi alma. La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples” (Sal. 119:129,130).



Día 7

Josué 1:7,8; Salmo 40:8

Así como la promesa de Dios de que estará con Josué es la única, y realmente suficiente garantía de que la misión de Josué llevará a la meta; la pregunta de Josué sobre la voluntad de Dios es la única pregunta significativa para el éxito y la prosperidad de su misión (comp. Sal. 1:1-3; 37:31).

Si observamos la vida de Josué, nos damos cuenta que Moisés era un amigo paternal y un ejemplo para Josué (Éx. 24:13; Nm. 11:28; Dt. 34:9).

Moisés tenía una carpa que llamaba “tabernáculo” (“tienda de reunión” con Dios). Esta tienda la levantó siempre en un lugar tranquilo, separado del bullicio y ruido de la vida diaria. Y en este lugar tranquilo Moisés podía poner su corazón como “receptor”. Aquí podía preguntar a Dios y el Señor le daba instrucciones. “Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero. Y él volvía al campamento; pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del tabernáculo” (Éx. 33:11).

En el tiempo cuando Moisés compartía al pueblo las palabras de Dios, Josué permanecía en el tabernáculo. Probablemente habrá seguido el ejemplo de Moisés, exponiendo ante Dios sus asuntos y preguntas. “Hazme entender, y aprenderé tus mandamientos. ... Tuyo soy yo, sálvame, porque he buscado tus mandamientos” (Sal. 119:73b,94).

Es un privilegio que nosotros podamos acompañar con intercesión y adoración a la predicación de la palabra de Dios, conversaciones difíciles y tareas pesadas.

Josué aprendió a exponer y compartir con Dios todas las dificultades y cuestiones de la vida. Para esto una y otra vez debía tomar una clara decisión: “Escucharé lo que hablará Jehová Dios” (Sal. 85:8a; comp. Nm. 9:8; 1.S. 3:9,10,21).



Día 8

Josué 1:8; Salmo 143:8,10

Delante de Josué y del pueblo está la gran tarea de conquistar y ocupar la tierra prometida. Es lógico que a ellos le esperan importantes lecciones de fe. En manera especial la experiencia: Dios bendice, cuando ellos cumplen sus palabras y andan en sus caminos (lea Jos. 8:35; 10:7,8; 11:23).

Por eso Dios habló al pueblo por medio de Moisés: “Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?” (Dt. 10:12,13).

Nosotros tenemos la Palabra de Dios por escrito, podemos leer la Biblia en nuestro idioma, saber lo que Dios promete y cuáles son sus expectativas respecto a sus hombres. Pablo escribe: “Toda la Escritura es inspirada por Dios; y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2.Ti. 3:16). ¡Qué oportunidad para conseguir la necesaria orientación!

“Yo necesito saber exactamente lo que Dios quiere. Tengo que saber lo que él promete. Si leo solamente una frase bíblica de un almanaque cristiano, o solo un lema bíblico para el día, esto no me da la orientación para las miles de preguntas de mi vida. El que se conforma así con un mínimo programa bíblico, se parece a un excursionista que quiere alumbrar su camino de noche con la luz de un fósforo” (M. Wanner).

“Señor, guardame de que no deje el tiempo con tu Palabra al azar, sino que planifique buenas franjas horarias en mis días. Gracias, porque mi tiempo está en tus manos” (Sal. 31:15; lea Sal. 119:105,162).



Día 9

Josué 1:9

Quizás Josué era una de estas personas que tienen que luchar con temor y desánimo. Observamos que Dios no se cansa de alentarlos una y otra vez: “¡Mira, Yo...!” Con esto Josué es exhortado de quitar la vista de las dificultades angustiantes: ¡Mírame a mí! ¡Confía en mí! ¡Apóyate en mí! Para abrirle los ojos por Su presencia y poder, Dios incluso se acerca más tarde a Josué en la misteriosa personalidad que se le presenta como el príncipe del ejército de Jehová (Jos. 5:13-15).

Josué reconoce que Dios se acercó a él, y muestra en este momento santo la única reacción adecuada. Ya hace tiempo había dado a Dios el primer lugar en su vida: “Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró; y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo?” (Jos. 5:14b).

Josué se somete a Dios y se entrega totalmente en Su mano. Él está dispuesto a recibir la instrucción de Su voluntad y también de cumplirla. Pero a la vez experimenta una fuerte impresión de la santidad de Dios. Como tiempo atrás Moisés debía quitarse las sandalias junto a la zarza ardiente (Éx. 3:5), así también Josué debe quitarse el calzado.

El encuentro con el Dios santo exige no solo humildad y respeto. El mandato de quitarse el calzado, señala figurativamente el aspecto que los nuevos caminos de Dios no se pueden pisar con zapatos viejos y sucios.

El que quiere conquistar tierra para Dios, debe revisar sus viejas costumbres, quitarse las gastadas tradiciones y sobre todo el polvo del pecado. ¿Cuál zapato debo quitarme hoy? Ante el Dios santo podemos despojarnos de todo lo que carga nuestra conciencia y lo que nos ensucia (lea Ef. 4:22-25; He. 12:1,2a).

La mirada a Jesús no solamente nos guarda del desánimo y de la resignación, sino que también nos fortalece para entregarnos totalmente a Él mismo.



DÍA 10

Josué 1:6,9,13; Deuteronomio 34:1-5,9

Dios cumple su palabra. Él quiere que su pueblo se aplique a Su palabra. Sin embargo los israelitas una y otra vez desobedecían al Señor y no cumplieron con Su mandato de apropiarse de toda la tierra.

Al final de su vida el Señor le dijo a Josué: “Tú eres ya viejo, de edad avanzada, y queda aún mucha tierra por poseer” (Jos. 13:1). Pero al final leemos la declaración: “No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió” (Jos. 21:45).

En las Escrituras Dios nos ha dado “buenas palabras”, las que Él quiere cumplir. Él también quiere dar “tierra” a cada uno de nosotros de acuerdo a sus promesas:

- Tú puedes poseer la tierra de nuevas experiencias con Dios. “os haré mayor bien que en vuestros principios; y sabréis que yo soy Jehová” (Ez. 36:11b).
- Tú puedes poseer la tierra de la intercesión intensiva, apoyar a otras personas en oración, y tener así parte con el obrar de Dios en todo el mundo (lea Mt. 7:7; comp. Ef. 6:18).
- Tú puedes poseer nueva tierra para el reino de Dios. Quizás Dios te da nuevas posibilidades de ganar personas para Él en tu lugar de trabajo o entre tus vecinos (lea Mt. 5:13-16).
- Tú puedes poseer tierra que Dios te ha confiado con tus dones para el servicio, y aprender a entrar a la gran multitud de la comunión de los creyentes (comp. Ef. 4:11-14).
- Tú puedes poseer la “tierra de fe” y cada día atreverte a dar pasos de confianza (lea He. 10:35).

“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32).



DÍA 11

Josué 24:25-28; Efesios 1:9-12

Después de tomar y poseer la tierra, Josué fortificó el pacto de Dios con su pueblo. Cada tribu fue entonces establecida en su herencia, que se le permitió habitar y formar en el nombre de Dios.

En el Nuevo Testamento, a los creyentes se les concede una herencia a través de Cristo que va más allá de toda imaginación. Jesús usa la imagen vívida de las moradas celestiales para sus discípulos (lea Jn. 14:2,3). Con esto les da poco tiempo antes de su despedida una visión consoladora. Él quiere edificar y equipar habitaciones, y cuando se haya cumplido el tiempo de Dios, buscar para la fiesta a los nuevos habitantes.

Imaginarme, que Dios ahora está ocupado, para preparar una nueva habitación para mí, es impresionante y animador. El pensamiento en la nueva vivienda debe efectuar más que una hermosa emoción. Jesús reveló a sus discípulos con cierta razón sus “planes de nuevas moradas”. El futuro preparado por Él, debe ya hoy influenciar y transformar la vida de sus seguidores.

Yo percibo: a veces estoy tan ocupado y me siento tan exigido por la familia, la vida laboral y la colaboración de mi iglesia, que no tengo tiempo para pensar en el cielo. A veces pierdo la expectativa del cielo y me olvido de hablar acerca de esto con otras personas. A veces las cosas cotidianas, las compras o cualquier otra cosa me parece más importante, de lo que realmente vale, pensando en el cielo.

Y en realidad deseo que la expectativa de la eternidad transforme mi vida de tal forma, que evalúe las cosas diarias de manera diferente. El pensamiento del cielo me puede ayudar a poner nuevas prioridades. El cielo ordena mi vida y esto es bueno. Por eso quiero pensar más veces en la eternidad y ya ahora gozarme por el día, cuando se dice: “¡venid, ya todo está preparado!” (Lc. 14:17b; comp. 2.Co. 5:1-5; Fil. 3:20).


